

El coleccionista

Seudónimo: Pilín

Hay algo o alguien dentro de mí, que desde hace mucho tiempo, me está diciendo que coja un papel, y en él escriba y cuente mis cosas, todas esas que han sucedido durante mucho tiempo y para que ya no me dé más la lata, lo voy a hacer.

Así pues voy a empezar.

Todo comenzó un día que yo estaba dentro de mi madre, y no tenía ganas de nada. Allí dentro yo tenía de todo, tenía la mejor comida del mundo, estaba caliente y no tenía falta de nada, la mejor cama del mundo, también allí la tenía, era de todo y bueno.

Aquel o aquello, insistía, y empecé a pensar. El invierno y el frío, ya habían pasado, la primavera había comenzado y de fuera me llegaba el canto de los pájaros que parecía me llamaban, y un día avanzado el mes de Mayo, me arreglé y nací, no lo pensé más.

Era el atardecer del día veintiséis de Mayo del año mil novecientos treinta y siete.

Como mi madre no estaba aquel día en hacer muchas cosas, una niña que era hija de una hermana de ella (de la Chenchá) la acompañó y la ayudaba. Así pues como digo, entre la niña que se llamaba Angelines y una señora que era muy lista y sabía mucho, me trajeron al mundo y nací.

Creo que cuando aquello, la gente andaba un poco revuelta y había mucho jaleo por todos los sitios, decían que había una cosa que se llamaba “Guerra”.

Me contó un día mi madre, aprovechando que yo ya oía (aunque no me enteraba muchas veces) que en la calle había algo de fiesta, y tocaban las sirenas (unos pitos muy largos) pero esos pitos, no eran para cantar y bailar, sino para avisar a la gente, porque venían unas máquinas que volaban y dejaban caer unas cosas que llamaban “Bombas”.

Aquella niña, Angelines, me dijo que también era prima mía, al oír las sirenas, me envolvió en una toalla y conmigo en sus brazos, salió corriendo a la calle.

No había dicho, que la casa en que nací, estaba en una calle que llaman “Avenida Santo Mouro” y que está en un sitio que llaman “El Sardinero” y que la casita también tenía nombre (Villa Carita)

En esa calle, hay una fuente muy famosa que da un agua muy buena y que hay que beberla de día.

Bueno, estaba diciendo, que mi prima sali6 corriendo llevándome en brazos y fue a meterse en un agujero muy grande que había en la pared de otra calle (la calle se llamaba “La Cañía” y el agujero “Túnel de Tetuán” que estaba cerca de la casa en que nací.

Fue en aquellos primeros días aquí, cuando se me ocurrió la idea de hacer una colección, una colección que se llama de años, y sin pensarlo más, la empecé. Nunca creí que fuera tan grande, pues hoy ya tengo coleccionado hasta el año número ochenta y cinco.

Y voy a seguir la colección, aunque hay veces que me cuesta y parece que quiero abandonar (esas ganas repentinas, no duran mucho, y pasados unos días me repongo y sigo la colección)

No lo había dicho, la colección consiste en volver a vivir otra vez y todos los días, todas las aventuras que he tenido y estar con la compañía de los que compartí y comparto la colección.

Pero bueno, ya está bien de escribir lo que pensaba, y empezar a vivir lo vivido, que es lo que tanto me gusta hacer y para lo que empecé la colección de años.

Como la casa en que nací, no era nuestra, y sólo nos la había dejado, un tiempo no muy largo, pues nos fuimos, ¿y donde fuimos?, pues a casa de mi abuela Regina y mi abuelo Eustaquio, al “Barrio de la luz” (El Barrio más bonito del mundo)

En ésta casa, también vivían otros hijos de mi abuela, el Min, la Iliá, el Lolo, que era primo mío, hijo de otra hermana de mi madre, de la Anita.

De mi primo Lolo, voy a hablar más adelante, quiero volver a revivir algo de la persona que independientemente de mis padres, mis hijos y nietos más he querido y quiero.

De Lolo, mi primo

Con él, con mi primo viví muchas cosas en el Barrio. Pero antes de volver a vivir las cosas de aquel lugar, debo de decir que tampoco estuve allí mucho tiempo, no se por qué, yo creo que debió de ser porque la casa era pequeña y había mucha gente, fíjate, que eran mis dos abuelos, mi tío el Min, mi tía Ilia, mi primo Lolo y mi madre y yo. Éramos muchos para una casa tan pequeña.

Y entonces nos fuimos, esta vez, también cerca del Sardinero, nos fuimos a una casa que estaba en una calle que estaba en cuesta, y se llamaba "Calleja del Norte".

De aquella casa, solo recuerdo, que yo con un hacha pequeño, en la calle, picaba cajas de madera que habían sido para llevar fruta (manzanas, peras, y algo así) También me acuerdo, que en la parte de abajo, vivía una señora que la llamaban Sra. Narcisa, y que tenía un hijo que era policía y tenía una moto muy grande para trabajar (dicen que echaba multas a los que corrían mucho con el coche)

Y de allí, de aquella casa, no me acuerdo de más, solo que mi madre, me llevó otra vez al Barrio de la luz, a la casa de mis abuelos, y que ella, mi madre se fue a vivir a Madrid.

Mi abuelo Florentino (el padre de mi padre) había comprado allí, en Madrid, un taller de zapatería, y arreglaban zapatos rotos (mi padre y mi madre, me escribían muchas veces, y mi abuela Regina me leía las cartas, pues yo no sabía leer.

Pero un día, vino mi madre a buscarme y me llevó a mí a Madrid.

Allí en Madrid, me metieron en una escuela y todos los días cantábamos al entrar. Cantábamos una cosa que decía "Cara al sol" y teníamos que estirar un brazo mientras cantábamos.

En Madrid, jugábamos los niños en un patio de tierra que había enfrente del taller, y lo hacíamos dando giros en el aire a un bote de tomate, al que habíamos hecho muchos agujeros y le llenábamos con carbones encendidos que cogíamos de la cocina de casa.

En Madrid también fui amigo de un niño y con él compartí todos los juegos.

He citado, que frente al taller de zapatería, había un solar que tenía al fondo un muro muy alto, y en el muro la entrada a varios refugios, en donde se metía la gente cuando tiraban bombas los aviones y en cuyo solar jugábamos.

Cuando llovía mucho, aquel solar se inundaba de agua y se formaba un gran charco. Pues recuerdo un día de esos de mucho agua y el gran charco.

Aquel día, mi padre me vio, que yo estaba con el cajón en el que guardaban los colores de las reparaciones de calzado, y que estaba con la mano dentro del cajón. Una caja de cerillas valía cinco céntimos y era lo que yo tenía en la mano, me di cuenta que mi padre me vio, y salí corriendo. Como yo tenía unas botas muy fuertes y con las suelas llenas de tachuelas, no se me ocurrió otra idea que la de meterme en el gran charco (no me recordaba que mi padre, también tenía unas botas como las mías y también se metió en el charco) La consecuencia de la aventura, fue un azote en el culo y llevarme al taller, en el que me descalzó y me puso sentado en un banco al lado de un caldero con brasas encendidas (el azote que me dio, estoy seguro que le dolió más a él que a mi)

No duró tampoco mucho tiempo la estancia en Madrid. Nos vinimos otra vez a Santander, y como siempre a casa de mi abuela Regina al Barrio de la luz.

En el Barrio, teníamos mucho que hacer (jugar), unas veces jugábamos a la “jaliba”, que consistía en que un niño de pie y apoyando la espalda a una pared, se abriera de piernas, y entre ellas otro se agachaba y metiera la cabeza entre las piernas del otro y el resto de los niños, puestos en fila, fuéramos saltando sobre la espalda del que estaba con la cabeza entre las piernas del que estaba de pie, y así uno detrás de otro, hasta que se le doblaran las piernas por el peso de los que se subían.

Había otros muchos juegos, pero uno de los más bonitos, era el de “Las Úrreas” el cual consistía en hacer guerras a pedradas contra los niños de otro barrio. En aquellas úrreas, nosotros los del Barrio de la luz, casi siempre ganábamos, pues teníamos la ventaja de que nuestro barrio estaba más alto y nuestras piedras avanzaban más y llegaban más lejos.

Todo el día estábamos jugando y acompañados con muchos niños amigos, si en alguna ocasión bajabas a la calle y no había ninguno, dabas cuatro voces llamando y rápidamente tenías compañía.

Algunas veces, también hacíamos los recados que nos mandaban, por ejemplo, ir a comprar algo a la tienda de Salvador, como traer el vino (llevábamos una botella vacía y en la tienda nos la llenaban, otras veces, era el racionamiento lo que traíamos). El racionamiento consistía en una serie de cosas, como por ejemplo un poco de aceite, un poco de bacalao, en fin, un poco de algunas cosas. Para ello llevábamos una libreta que llamaban Cartilla de racionamiento en la que había unos cupones para cada cosa que te daban y que los iban arrancando.

Otras veces el recado, era ir a la tienda a buscar una lata de tomate u otra cosa que hiciera falta.

Casi siempre en la tienda nos daban como regalo, un trozo de regaliz negro (que era una barrita muy fina de una pasta negra) y otras eran un palito de raíz de una planta de regaliz (la barrita la chupábamos, la raíz la masticábamos y a sacábamos la sabia, la cual era muy rica en la boca)

De la casa de mi abuela en el Barrio de la luz, nos fuimos a vivir a otra calle, ésta se llamaba Nicolás Salmerón, y que estaba (y sigue estando) cerca del muelle de los barcos. En aquella calle, todo eran almacenes en una acera y la iglesia con una huerta grande y cerrada de la misma, a continuación de la huerta, había un patio muy grande y en ese patio, había una fuente de piedra muy grande y muy bonita, a los lados de la fuente, había como dos cajones llenos de agua, y en uno de ellos, bebían los caballos de los carros que llevaban las cosas que traían o llevaban los barcos del muelle, y en el otro lado de la fuente, bebían los bueyes que arrastraban otros carros.

En la parte alta de la fuente, y encima de dos columnas había una piedra muy grande y con la forma rectangular, y que tenía una inscripción que decía “tratad con dulzura a los animales que os ayudan a ganar la vida.

Todavía hoy, después de tener tan grande la colección de años, sigo viendo la fuente.

A esa fuente, yo todos los días, hacía varios viajes con dos calderos, uno en cada mano, a buscar agua para la casa, pues en ella no había agua corriente.

Solía también hacer otra cosa. A pesar de ser muy pequeño, siempre he sido muy inquieto y como en aquella calle, no había niños para jugar, pues nosotros éramos los únicos vecinos, no había nadie más viviendo en ella, yo no sé, si recuerdo como, me había hecho un aparejo de pescar (seguro que le había cogido a mi padre lo necesario para hacerle), y de vez en cuando me encaminaba a una calle que estaba cerca “Leopoldo Pardo en la que había un pequeño solar de tierra, en el que yo con un hierro escarbaba y sacaba gusanos, con los que encarnaba el anzuelo y me iba a pescar al muelle en donde estaban los barcos (siempre pescaba muchos peces, unas veces “Panchos o Porredanos, o otros llamados Momas)

En otras ocasiones, me bajaba por las escaleras de hierro, a los bajos del muelle (a los motilonos, que así se llaman) y allí con un cuchillo arrancaba “Mazajones” que así se llamaban entonces a los que ahora llaman mejillones)

Los peces los limpiaba mi madre y luego los freía, y los Mazajones, después de lavados, los ponía encima de la plancha caliente de la cocina, y los asaba (que ricos).

No me libré de ir a la escuela en el tiempo que allí viví, fui a tres escuelas, una de ellas la primera, estaba también muy cerca, en la calle Marqués de la Hermida y el maestro era Don Sisenando, no tenía hijos y vivía en lo que era la escuela (su casa) con una señora muy gorda y que se llamaba Encarna.

De allí, a otra escuela que también estaba cerca, en la calle Antonio López y la escuela era Colegio Cervantes.

Me acuerdo que cuando aquello, habían empezado a levantar enfrente de la escuela y pegada al muelle, una casa que luego fue la Comandancia de Marina

Pues bien, nunca olvidaré que en suelo habían puesto como una torre de madera y que desde lo alto de la torre dejaban caer un hierro muy grande que golpeaba un palo gordo que lo iba clavando en el suelo, y que la torre un día se cayó hacia adelante.

Después de este Colegio, fui a otro, que también se llamaba “Colegio”, solo que éste ya no estaba cerca de casa, había que andar mucho para llegar a él, y tenía que pasar por un túnel muy alto y largo, y el Colegio era muy grande, la entrada era con carretera y aceras, pero por dentro, había un prao en cuesta por el que se salía a un campo de jugar al fútbol.

De lo que hacía en aquel Colegio, me acuerdo de poco, sólo que yo, muchos días no acudía (aunque en casa decía que sí), solo no faltaba los jueves, que era cuando había dibujo, y eso a mi me gustaba y sacaba buena nota. El resto de los días, prefería no ir, dejaba los libros escondidos debajo de una mesa que siempre tenía muchos periódicos encima y que era de una tienda que vendían los periódicos y revistas (y chistes también, chistes de Pulgarcito, de Don Facundo Pelito y otros) Me acuerdo que la tienda se llamaba “Padilla” y estaba en la plaza de las estaciones.

A aquel colegio fui muy poco, pues nos fuimos a vivir a otra casa que ya tenía agua corriente y yo no tenía que ir a buscarla.

Esta casa, era muy grande y estaba en una calle, que llamaban, Menéndez Pelayo, y toda la casa y una huerta muy grande que tenía, eran de mi abuelo, el padre de mi padre.

En la huerta (que era el piso de la casa en el que yo vivía con mis padres) había muchos árboles de peras y dos higueras. Cuando llegaba la temporada cogíamos muchas peras y muchos higos.

Y allí, fui a otra escuela, que estaba en un portal al lado de casa, y era de un maestro que se llamaba Don Luis, Era Don Luis un maestro que pegaba mucho (sobre todo a los muchachos que allí iban) a los niños pequeños, nos pegaba menos.

La mujer del maestro Don Luis, que se llamaba “Curra” le escondía los palos de una hamaca que había roto el maestro y que eran con los que pegaba.

De la escuela de Don Luis, me llevaron a una escuela que llamaban “San Martín” y estaba en una calle en cuesta que se llamaba “Canalejas”.

En la escuela "San Martín" fue en donde yo aprendí lo poco que hoy sé, solo cultura general, a leer, el catecismo (todos los días rezábamos el Rosario) y otras cosas. Historia de España, gramática, geografía, dibujo, en fin, cultura general, y mucha escritura de tipo inglesa (cuadernos y más cuadernos de escritura inglesa)

Todos los días nos mandaban trabajos para hacer en casa, y al que no los hacía, le solían mandar Los Hermanos de la Salle (que eran los profesores) de vuelta a casa para que los hiciéramos y no volviéramos a la escuela hasta que pudiéramos presentarlos.

Lo que sucedía, era que muchas veces, en vez de ir a casa para hacerlos, nos íbamos a la Machina (la orilla de la mar) y allí, con la libreta en el suelo y un lapicero hacíamos los deberes, y con ellos hechos, volvíamos y los presentábamos.

Cuando aquello, había en Santander, una peña que se llamaba "Peña Oscar" y era una peña que hacía concursos de vez en cuando, de pesca (también de ajedrez, de damas, etc.) y nosotros, de la Escuela San Martín, siempre nos apuntábamos a los concursos de pesca, y casi siempre ganábamos a cualquiera que no perteneciera a nuestra escuela San Martín.

Para la calificación de las capturas, se tenía en cuenta la cantidad de peces logrados y el peso total de lo pescado en cuanto a número de peces, algunas veces nos ganaba algún niño que no era de nuestra escuela, pero el premio se lo llevaba el que su pesca pesaba más, y ahí siempre éramos uno de la Escuela San Martín el ganador, por muy pequeños que fuéramos nuestros peces, siempre pesaban más que los que pescaran otros, aunque fueran más grandes.

Había un pequeño detalle en el peso, y era que cuando cogías un pez, por la boca y sin que nos vieran, le metíamos las bolitas de plomo que en el bolsillo llevábamos escondidas (como nadie nos veía, todos contentos y comentando, que parecía mentira que unos peces tan pequeños pesaran tanto)

Hay una cosa que tengo interés en comentar.

Esto es que en el momento que tomé la decisión de venir a este mundo y comenzar la colección de años, para poder volverlo a vivir como hago todos los días y con los amigos que aún ellos también siguen viviendo todos los días como yo, hubiera tenido

que aprender ortografía. Yo nunca creí al empezar la colección de años si no sabía ortografía, podía estar como ahora hago con esos amigos de toda la vida.

No ahora, hace tiempo, decidí seguir disfrutando de la compañía de mis amigos y gente conocida, y todos los días, ya sea verano o invierno tirar piedras, jugar al callo libro u otro juego.

Ya tendré tiempo de aprender ortografía y otras cosas y no escribo más, me están llamando mis amigos, porque ya están los del prado de abajo desafiándonos y mis amigos ya tienen un montón de piedras muy buenas para tirar.

Otro día os cuento el resultado de la Úrrea, seguro que como siempre, ganamos nosotros los del Barrio de la luz.

Seguro. Ya os contaré.

¡El coleccionista de años!